

# PADRE ÁNGEL

## UN MUNDO MEJOR ES POSIBLE

**Cómo podemos  
ayudar a los más  
desfavorecidos**

Prólogos de  
Cipri Quintas,  
Cándido Méndez  
y Sandra Ibarra



**Padre Ángel**

# **Un mundo mejor es posible**

Cómo podemos ayudar  
a los más desfavorecidos

© Asociación Mensajeros de la Paz, 2019

© Editorial Planeta, S.A., 2019

© de esta edición: Centro de Libros PAFP, SLU.

Alienta es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-17568-52-8

Depósito legal: B. 10.038-2019

Primera edición: mayo de 2019

Preimpresión: gama, sl

Impreso por Artes Gráficas Huertas, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# SUMARIO

Prólogo de Sandra Ibarra .....	11
Prólogo de Cándido Méndez .....	13
Prólogo de Cipri Quintas.....	19
Introducción.....	23
1. Yo me confieso.....	29
2. Seamos optimistas: por qué el mundo va a mejor .....	35
3. Los niños, el colectivo más vulnerable.....	43
4. Tender la mano al refugiado e inmigrante .....	63
5. Los ancianos, los olvidados por todos.....	79
6. Sexismo y homofobia: problemas que hay que erradicar	99
7. La Iglesia, pionera en obras sociales .....	117
8. El auge de la solidaridad .....	125
Epílogo y agradecimientos .....	143
Bibliografía.....	145

# 1. YO ME CONFIESO

**C**onfieso que soy un sacerdote católico, apostólico, romano y asturiano. Confieso que mi único secretario general es Jesucristo y su vicario el papa Francisco.

Soy un niño de la posguerra, como muchos otros, de madre gallega y padre vasco. Nací en Asturias el 11 de marzo de 1937, en una familia en la que mis padres me enseñaron a amar y a dejarme amar, a querer y a dejarme querer.

Me considero un privilegiado: he conocido a siete papas y a nueve presidentes de Gobierno en España; he abrazado a más de treinta presidentes de Gobierno en Europa, África y América y he estado con santos como la madre Teresa de Calcuta, el Cardenal Tarancón, Ernesto Cardenal, Jaime Garralda, padre Llanos, Hermano Roger, o Vicente Ferrer y a muchos otros hombres y mujeres, héroes y heroínas que hacen un mundo mejor. Con Tarancón he vivido muchos momentos importantes y él me enseñó que siempre se debe creer en Dios y en los hombres. Por eso, confieso que sí, soy de los que cree en Dios, en los hombres y en las muje-

res, en los obispos, en los políticos, en los médicos, en los periodistas...

En mi vida han existido cuatro puntos clave y cuatro personas que me han enseñado muchas cosas: Vicente Ferrer, que siempre hablaba de la **providencia** de Dios; la madre Teresa de Calcuta, que me enseñó lo que es la **caridad**; Pedro Casaldáliga, con el que he estado en Brasil recientemente, me ha hablado siempre de la **esperanza**, de tener esperanza en la vida; y por último, la fe, y la persona que más me ha hablado sobre la **fe** es el papa Francisco. Con él coincidí en Buenos Aires antes de que fuera papa, cuando llevábamos la ayuda humanitaria ante la hambruna de aquel país, donde incluso me pagó un billete de metro. ¡Anda, que si llego a saber que iba a ser el siguiente papa me lo guardo para subastarlo! Además, en el último viaje en el que coinci-



Entregando la Paloma de la Paz de Mensajeros de la Paz y un cuadro de san Antón al papa Francisco. (Foto: Mensajeros de la Paz)

dimos, en Panamá, me habló muy al oído de la iglesia de San Antón, de los sintecho, y al igual que en la primera misa celebrada en santa Marta, me dijo: «Ellos son la verdadera carne de Cristo». He vivido la alegría de haber concelebrado varias misas con él y de acompañarle en varios viajes a países donde tenemos hogares y proyectos de Mensajeros de la Paz: Paraguay, Brasil, Panamá, Cuba, Jordania y Egipto.

Confieso que, a pesar de que nuestro eslogan en Mensajeros de la Paz siempre fue «Sólo ante Dios y un niño me pongo de rodillas», en alguna ocasión me he arrodillado ante quien no tendría que haberme arrodillado.

Confieso que he sentido miedo. Una de las ocasiones en las que más miedo he sentido fue cuando, en uno de mis viajes, comencé a notar que el cuerpo no me respondía cómo debía y los médicos me descubrieron un cáncer de colon que debía ser operado de inmediato. Aun así, cambié la fecha de la operación para cumplir con mi agenda de trabajo y no hablé de mi enfermedad a nadie más que a la Virgen de Covadonga, a la que fui a visitar poco antes del procedimiento.

Cuando me desperté en el hospital tras aquella operación, lo hice rodeado de toda la gente que quería y que me quería. Confieso que nunca me he sentido tan cuidado como entonces. Algo que recordaré siempre de aquel momento es que una de las primeras personas que me llamó al despertar fue la reina emérita doña Sofía, que se interesaba por mi estado de salud. Confieso, que aquel chaval nacido en un bar de Mieres jamás podría haber imaginado que mantendría una relación cordial de amistad con una reina o que recibiría un telegrama del entonces Príncipe de Asturias.

Confieso que he tardado 78 años en cumplir mi sueño de tener una iglesia que se mantuviese abierta las 24 horas del

día, y que por fin se ha realizado gracias al cardenal Carlos Osoro que me concedió la iglesia de San Antón. Confieso también que, en estos últimos años, a través de esta iglesia, he aprendido, me he concienciado y he valorado mucho más lo que es ser sacerdote: bendecir, perdonar, acercar a Dios a los hombres y a los hombres a Dios. Es imposible no hacerlo cuando acuden a ti tantas personas que no quieren casi nada material, sino una bendición, una oración o que los escuches porque se sienten solos. Quieren contarte lo duro que es dormir en la calle a la intemperie, y que te pisen, te peguen, te maltraten, te violen... Todo eso. Confieso que no he dormido nunca en la calle. Sí he dormido muchas veces en las estaciones de los trenes, en los aeropuertos, en algún banco de la iglesia, y uno percibe la incomodidad: lo duro que está el banco o esos asientos del aeropuerto, pero





nunca podré llegar a percibir el frío, la nieve o el desprecio como muchos de estos sintecho.

Confieso que me siento feliz en la iglesia de San Antón, estoy de acuerdo con los cientos de personas, obispos y cardenales que al salir de la iglesia dijeron: «Éstos son los verdaderos tesoros de la Iglesia».

Confieso que tengo el corazón roto, muy desgastado, no sólo por haber amado mucho, sino a veces por el sufrimiento de tantos acontecimientos y personas. Hablo de las guerras, por ejemplo, en Irak; de los tsunamis; de los terremotos, en El Salvador y Haití; de los niños terminales en los hospitales. Y confieso que me sentí consolado, en silencio, cuando vi llorar a un papa al preguntarle un niño por qué Dios dejaba que sufriesen así.

Por último, confieso que me gustaría, como me dijo el cardenal Tarancón en su testamento, que se me recordara como el hombre y sacerdote que quería comprender y escuchar a todos. Que quiso querer mucho y que da gracias a Dios de haber conocido a tantos hombres y mujeres buenos y solidarios.